



EL JARDÍN

Relatos cortos

Montserrat Parra Albà (ed.)

EL JARDÍN

Relatos cortos

4

Montserrat Parra Albà (ed.)

Departament de Filologia Clàssica, Francesa i Hispànica
Edicions de la Universitat de Lleida
Lleida, 2021

En conmemoración del
50 Aniversario de la titulación de Filología Hispánica
Lleida, 1971-1972/2021-2022

Departament de Filologia Clàssica, Francesa i Hispànica, 2021
Edicions de la Universitat de Lleida, 2021
del texto: los autores y autoras
Ilustración de cubierta: Andrea de Castro

Maquetación: Edicions i Publicacions de la UdL

ISBN 978-84-9144-321-6



Índice

Prólogo	
<i>Montserrat Parra Albà</i>	7
Última noche en Granada	
<i>Igor Sierra González</i>	9
La imaginación	
<i>Paula Carrillo Gómez</i>	17
La evolución	
<i>Alena Prikhodko</i>	23
El jardín	
<i>Tian Xia</i>	29
Las flores de mi jardín	
<i>Etna Miró Escobar</i>	37
Tú, siempre perenne	
<i>Pilar Ruiz Ferreruela</i>	45
El jardín de mi abuelo	
<i>María Alsina Villa</i>	51

Evolución	
<i>Gemma Sanz Ripollés</i>	57
Comentarios del jurado	63

Prólogo

El *IV Concurso de Relatos Cortos* convocado por el Departamento de Filología Clásica, Francesa e Hispánica de la Universidad de Lleida tiene como tema EL JARDÍN, y, como en todas las convocatorias, el tema nos sirve de pretexto para rendir un homenaje. En esta ocasión para Federico García Lorca, *Impresiones y paisajes*.

En esta primera obra, publicada en 1918, Lorca comparte con nosotros aquellos paisajes por los que viajó y en los que vivió durante sus viajes de estudios, así como descripciones de jardines y unos textos maravillosos dedicados a Granada.

En *Impresiones y paisajes*, Lorca nos habla de la magia de los jardines, y los compara con un ánfora llena de esencias.

Por ello se propuso a los concursantes situar su relato en su jardín, este lugar idealizado, mágico, real, lleno de olores, colores, recuerdos, experiencias, y que dejaran escapar estas esencias de las que nos habla Federico García Lorca.

El jurado formado por la Dra. Neus Vila Rubio, la Dra. Rosa María Mateu Serra, el Dr. Carlos Rizo Jiménez y la Dra. Lola González Martínez destaca en su acta la calidad de los 51 relatos presentados. De estos 51 relatos, los 8 premiados son los que conforman este volumen.

Los relatos que encontrareis en este volumen nos ofrecen una panoplia de todo lo que puede encerrar un jardín, nos hablan de sueños, de recuerdos, de vivencias, de seres queridos y de seres imaginarios.

Os invito a leerlos y a disfrutar de los olores y los colores que pueblan todos y cada uno de los relatos y dejaros llevar por ellos hasta vuestro jardín, real, soñado o deseado

Montserrat Parra Albà

ÚLTIMA NOCHE EN GRANADA

IGOR SIERRA GONZÁLEZ

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE GRADO DE LA FACULTAD DE LETRAS

ATARDECE LÁNGUIDAMENTE sobre el jardín trasero de una casa cualquiera de la llamada ciudad de los gitanos, un pequeño Edén escondido lejos del ruido, de lo mundano y de las miradas de la benemérita. Un viejo gato trepa al muro que separa el jardín de la calle y se tumba mansamente. A su espalda queda la maravillosa visión de la Alhambra iluminada por los rayos de un Sol moribundo. Sin embrago, es una imagen que él ya conoce de memoria, así que dando la espalda a la última morada de Boabdil pasea su mirada por el interior del jardín. Nada de lo que ve llama especialmente su atención, solo destacan entre la hierba mal cortada un suelo pavimentado junto a la puerta trasera, una mesa de hierro y mármol, un torcido limonero y unas cuantas macetas llenas de flores blancas entre las que sobresale una gran flor azul. Antes de poder relajarse, un movimiento junto a la puerta de la casa le pone en tensión: un hombre ha surgido del interior cargando un vaso de agua y un libro. En apenas dos pasos llega hasta la mesa y los deposita, para en un movimiento automático extraer una pitillera del bolsillo superior de la camisa y encender un cigarro al que da sendas caladas como si estuviera muy cansado. El gato observa al joven de larga melena en silencio, se fija en sus facciones y manos delicadas, lo conoce bien, todo el mundo lo conoce aquí en Granada desde hace ya muchas lunas, todos saben del hombre que fuma en silencio sentado a una sencilla mesa en esta tarde de estío. Aun así, el gato no se fía, no deja de ser uno de ellos, de los que golpean con piedras y estacas. Él es viejo, sabe sobrevivir, pero la calle es dura, sus cicatrices y la oreja que le falta lo atestiguan, también las heridas que nadie ve, las que de forma indeleble

sufre en su corazón, demasiados se han perdido, demasiados para poder contarlos... a manos de esos bípedos crueles que destruyen y matan todo lo bonito que existe en el mundo casi sin darse cuenta.

Pese a ello, el muro es cómodo y el joven parece no haber reparado en él, así que relajado fija sus ojos de nuevo en el humano. El muchacho se levanta repentinamente asustando al gato, que levanta las patas traseras dispuesto a salir corriendo ante la mínima amenaza. Ahora la mirada del hombre está clavada sobre él. Para su sorpresa, el joven hace una extraña floritura y le regala una reverencia mientras ríe con una carcajada tan limpia y pura como el agua clara, es un timbre tan alegre que parece que las flores despiertan y levantan sus pétalos hacia el sonido. Esa reacción asusta al gato, “¿qué demonios?”, piensa mientras eriza el pelo y bufa casi sin darse cuenta. Nada en él indica que el joven se haya percatado de lo sucedido, ahora está de pie frente al limonero con los brazos a la espalda y los ojos cerrados. El gato se tranquiliza solo un poco y de nuevo, tras echar un vistazo a su alrededor, vuelve a centrarse en el muchacho que inspira y expira con un ritmo acompasado a la vez que se bambolea sobre los talones. Poco a poco, ese bípedo que está despertando la curiosidad del felino decide descruzar sus manos y posa su izquierda en el tronco del limonero mientras la diestra extrae del bolsillo un viejo reloj, lo observa, suspira y lo guarda de nuevo. De repente alarga su brazo y arranca un limón, la brusquedad del movimiento hace que el gato de un respingo incómodo y que las flores se asusten bajando de nuevo sus pétalos. Lentamente el hombre vuelve a la mesa, aparta el libro, se sienta y coloca el limón sobre el mármol que está adornado con flores azules. Una vez más la mano del joven desaparece en el bolsillo, de donde extrae una navaja muy brillante. Esta vez el gato no puede contener un tremendo bufido indignado, ha visto a muchos amigos muertos y despellejados por los gitanos en épocas de hambre y todos llevaban siempre una de esas largas garras de plata que hieren y matan sin piedad. El joven ha detenido su brazo a medio camino y mira con ojos tristes al gato. “Realmente tiene una mirada triste”, piensa mientras parpadea y rasca, incómodo la arenosa superficie del muro con la zarpa izquierda. El viejo felino levanta de nuevo la vista y sus ojos se encuentran otra vez con

la mirada silenciosa del hombre, que le sonríe y lentamente posa el brazo de la navaja en la mesa, a un tiempo que agarra el limón y con suavidad lo parte por la mitad para a continuación cortar una rodaja y dejarla caer en el vaso de agua. Guarda la navaja y bebe, el gato se relaja y las flores suspiran aliviadas. Tras dos largos tragos el muchacho se levanta y el gato le sigue con la mirada hasta el límite del jardín, donde sube dos escalones y desaparece dentro de la casa.

El gato bosteza; se está empezando a aburrir, pero un movimiento llama su atención. Un mirlo ha aparecido planeando y se ha posado gr cilmente sobre la mesa, la delicadeza de sus plumas negras y de su pico naranja contrasta con la violencia con la que ataca las migajas de pan que yacen abandonadas junto al libro y el vaso. El gato se lo piensa, nunca le han gustado las aves, pero sí cazar, no en vano es famoso en todos los callejones del Albaicín. Podr  acercarse sigilosamente por encima del muro y saltar, será rápido, el mirlo ni se enterar ; sin crueldad, sin trampas, ni piedras ni estacas, únicamente sus zarpas y colmillos, un combate justo. Casi convencido ya de dejar su puesto de vigilancia y cenarse al mirlo, se escucha el sonido de la cortina de cuentas y el pájaro despega veloz como un rayo antes de que el hombre de la mirada triste reaparezca por el marco de la puerta con un plato en la mano. Pausadamente y sin dejar de mirar al felino se acerca a la mesa, deja el plato y saca otro pitillo, lentamente aspira el humo y melancólicamente lo expulsa por la nariz en una imagen que fascina al viejo gato, cuya vista le permite entrever unos ojos ahora divertidos entre el humo azul que envuelve el rostro del muchacho. El gato aparta la vista confundido, siente que esa mirada ve a través de él y no le gusta. Como si le leyera el pensamiento, el joven deja de mirarlo y abre el libro, se apoya sobre el respaldo y cruza las piernas. El sol est  ya muy bajo, y el gato quiere irse, pero hay algo que le retiene anclado a ese muro, su curiosidad est  pudiendo más que su instinto que le grita hace ya rato que salga de ahí. Y así siguen los dos, uno leyendo y el otro observando, durante el tiempo en que se tarda en finiquitar cuatro cigarros. Muy despacio el hombre se levanta y despereza alargando los brazos por encima de la cabeza, relajando los hombros y los músculos de la espalada. Tras otra calada recupera el

plato y camina por la hierba hasta quedar frente a las macetas repletas de flores, se sienta ante ellas y deposita el plato a su lado. El jardín es un desastre, únicamente las flores parecen cuidadas con mimo, a su alrededor todo son malas hierbas y en cada una de las esquinas nacen y se retuercen zarzas secas, las enredaderas trepan a lo largo de todo el muro y por el encalado de la fachada de la casa, abriendo poco a poco heridas en los barrotes que las encierran. El viejo gato no deja de mirar al humano. De pronto la brisa que se levanta le trae un olor que le hace salivar, rápidamente deduce que procede del plato, una fragancia que hacía muchos años que no llegaba a él... “¿Cómo lo llamaban?” El gato cree recordar que era algo llamado atún... Sacude la cabeza, enfadado consigo mismo, no debería perderse en ensoñaciones teniendo un “patas largas” a menos de dos metros, eso es muy peligroso. Centra de nuevo su mirada en el muchacho de ojos tristes, dispuesto a no despistarse de nuevo, pero él le ignora; está inclinado sobre las flores, y parece haber olvidado por completo el plato. Es entonces cuando en la mente del gato se empieza a visualizar el plan para hacerse con el atún, es una comida fácil y tiene hambre, así que piensa: “podría acercarme por detrás, robar un bocado y salir corriendo hacia el muro”. Muy despacio levanta la panza y, todavía agachado, empieza a caminar por el muro hacia la derecha del hombre que sigue ensimismado con sus flores. “Bien”, ha llegado hasta el limonero, se siente un tigre, sabiéndose el mejor cazador de todo el Albaicín se relame con gusto. Con el máximo sigilo salta a la rama más cercana y en un abrir y cerrar de ojos desciende por el tronco hasta posarse sobre la hierba, sus sentidos están agudizados al máximo y sus ojos son dos rendijas brillantes verdes y negras. Lanza una última mirada al hombre que ahora tiene sus labios junto a los pétalos de la única flor azul del jardín.

En el instante en que echa a correr llega hasta él un sonido que le paraliza, algo claro y tan vibrante que le atraviesa de parte a parte haciendo que un escalofrío recorra todo su ser. Asustado, ni parpadea, sin entender nada y todavía inmóvil posa su mirada en el joven, al que observa desde los zapatos hasta el rostro, donde los labios de este se mueven junto a la colorida flor. «No puede ser...» Un estremecimiento surge de su interior y sin

poder resistirse comienza a caminar hacia la voz. Su miedo es enorme, sin conocer el motivo, todo lo demás ha desaparecido y ha perdido su color, todo cuanto el gato ve y siente se ha vuelto gris excepto la flor azul y la voz cansada del muchacho que le rompe como si todos los colores del arcoíris chocaran contra su corazón tiñendo su alma. Antes de darse cuenta, el viejo cazador se halla sentado sobre el regazo del joven que, inclinado sobre la flor, no parece haber notado su presencia. El terror ha desaparecido; solo queda el éxtasis de la voz que ahora es nítida.

“A ti que eres color entre las demás, te digo: mi primer impulso ha sido arrancarte, pero pienso: sería un crimen de lo más estúpido matar tu belleza. Así pues, me siento junto a ti y acaricio tus pétalos. Te susurro que el viento no podrá contigo, ni el frío, tampoco la tristeza del otoño hará que caigas en el olvido. Rozo tu cuerpo y casi pidiéndote permiso huelo tu perfume. ¿Qué haces tan sola? Junto a ti encuentro paz. Eres una vía de escape hacia el romanticismo, lejos de todo lo banal y de todo lo importante a un mismo tiempo. Como flor eres una belleza y en la belleza siempre he de hallar un desahogo. En fin, linda, nos vemos de nuevo en primavera.”

El poeta se levanta al tiempo que deja al gato junto al plato, su corazón está sumido en el silencio de la despedida y una lágrima nace en su ojo resbalando hasta la comisura de la boca, donde queda suspendida. Atrás quedan la Alhambra, el blanco del Albaicín, el jardín con flores. Frente a él, al otro lado del mar, solo habrá de encontrar el humo gris, el corazón de piedra y el alma de cemento de los hombres y mujeres de Nueva York.

LA IMAGINACIÓN

PAULA CARRILLO GÓMEZ

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA A. ESTUDIANTES DE GRADO DE LA FACULTAD DE LETRAS

EL RUIDO de unos pájaros me despierta. Intento abrir los ojos, pero el sol cegador no me lo permite y los vuelvo a cerrar fuerte. Me incorporo ayudándome de mis manos y me clavo algo en el trasero. Eso ha dolido. Abro los ojos poco a poco y me quito una pequeña rama de debajo de mí. Que diantres. Automáticamente, me doy cuenta de que no tengo absolutamente nada de ropa y me tapo arriba y abajo con cada mano. Me encojo como un feto para que nadie me vea. Pero, espera, no hay nadie. Dónde estoy. Hago una visión panorámica general y resulta que estoy en un campo de hierba. Árboles, vegetación de todo tipo, pequeños ríos, montañas a lo lejos, etc. ¿Espera eso es... UN ELEFANTE? No dudo en levantarme y correr detrás de un arbusto tan rápido como puedo, me da igual si alguien me ve desnuda ahora mismo. Me agacho tras las plantas y saco la cabecilla lentamente para ver si el elefante no se ha movido. Buf. Menos mal, sigue husmeando las frutas de un árbol.

Cuando se me calma la respiración hago una segunda inspección del lugar. No me lo puedo creer. No sólo hay más elefantes, sino que también hay jirafas, monos, jabalíes, mofetas, ciervos, conejos, pelícanos... Todos los animales que te puedan venir a la mente. Sí, sí... patos, tortugas, búhos, caballos y ¿unicornios? Hay algunas especies que no sabría decir qué son exactamente. Son súper chulas, por eso. Parpadeo y cierro la boca. Empiezo a caminar sin rumbo alguno con miedo a que algún animal me ataque. Pero por suerte parece que cada uno va a su bola. Repito, esto es realmente surrealista.

Llevo ya un buen rato caminando y las esperanzas de encontrar a alguien iban menguando hasta que a lo lejos creo ver a dos personas. Me acerco un

poco más, pero me escondo detrás de un árbol para observarlos primero. Resulta que no son dos, sino tres personas. Hay dos de ellas que están completamente desnudas como yo, pero la otra lleva puesta una especie de túnica. Pero estoy demasiado lejos. Corro de puntillas para no hacer mucho ruido y me vuelvo a esconder. Desde más cerca distinguiré mejor.

Una mujer, un hombre y alguien parecido a “Dios” en medio. De repente se me ilumina la bombilla... ¿no serán Adán y Eva no? Definitivamente se me está yendo la cabeza. No debería juzgar tan rápido. ¿Cómo van a ser ellos? En fin, lo dejo pasar.

Después de darle varias vueltas, decido que lo mejor es perder la vergüenza e ir a hablar con aquellas personas. No me queda otra opción. Quizá me ayuden. A escasos metros de llegar a ellos caminando, me miran los tres y esbozan una amplia sonrisa. La primera en hablar es “Eva”.

—¡Querida! ¿Qué tal, cómo estás? ¿Lo estás pasando bien? —posa su brazo en mi hombro con delicadeza—.

—Eh... Bueno, yo... Es que no sé dónde estoy.

—¡Cariño! ¿Pero cómo que no sabes dónde estás? ¿Estás en el planeta tierra!

—Bueno, hasta ahí llego. Pero...

—¡Claro que hasta ahí llegas! ¡Corre y ve a celebrarlo con los demás! —señala una montaña—. Detrás de aquella montaña está la fiesta. ¡Vamos, no seas tímida!

Me ha dejado con la palabra en la boca. Pero bueno, que le vamos a hacer. Tendremos que ir a la supuesta “fiesta” para responder a más de mis preguntas. Total, no tengo nada mejor que hacer ahora mismo.

Aparentemente la montaña parecía pequeña. Pero la cosa es que llevo más de media hora caminando y todavía no he llegado. No me quejaría si no fuese porque claro, no tengo zapatos y me estoy haciendo polvo los pies. Cada dos por tres me clavo alguna piedra, rama... o meto el pie de lleno en algún charco de barro. Imaginad lo bonitos que deben estar mis pies ahora mismo. Cosas que tiene la madre naturaleza.

Por fin llego a lo alto de la montaña. Cual película, me agarro con las dos manos al borde y me impulso hacia arriba para asomarme. Wow.

Esperaba la típica fiesta que todo el mundo conoce. Decoración, música, baile, bebida, algo para picar etc. ¡Pero esto es lo nunca visto!

Centenares de personas desnudas como yo estaban cantando y bailando sí, ¡pero con todos los animales! No había ninguna distinción. Parecía como si todos fueran de la misma especie.

Unos cantaban y bailaban en corro subidos a caballos, unicornios, cabras, cerdos, camellos... Otros se daban un baño y chapoteaban junto a pájaros y animales marinos. Otros jugaban en los campos de césped o daban de comer a distintos tipos de animales. Y otros volaban con criaturas fantásticas por el cielo.

Había madres y padres junto a sus bebés, niños, jóvenes... De piel oscura, orientales... Pero qué raro, no hay personas mayores. Lo dejo estar. Es lo de menos, porque todos ellos tenían una apariencia de salud y felicidad máxima. Comían fruta, verdura... Algunas mujeres se adornaban el cabello largo con flores...

También veo como hay algunas pequeñas construcciones que, por la forma, deduzco que son para protegerse del tiempo y las adversidades. Ya que algunos de ellos están metidos dentro con animales, por supuesto. En otras de ellas, en cambio, duermen.

Después, hay otras construcciones más grandes y elaboradas. Hay cinco "casas", por llamarlas de alguna manera. Alcanzan una buena altura, la verdad. Lo curioso es dónde están situadas.

Dos de ellas, están más al fondo del valle y de sus compuertas salen dos riachuelos que conducen a la parte central y más grande del lago. Otra está justo en medio del lago y las otras dos, mitad dentro, mitad fuera del lago. En resumidas cuentas, visto desde fuera parece un parque acuático. Porque encima hay toboganes y de las "chimeneas" salen chorros de agua hacia arriba.

Veo hasta cosas que me resultan extrañas. Por ejemplo, me doy cuenta de que una mujer le está metiendo flores en el ano a un hombre que está agachado. ¿Será esto normal aquí? Mejor aparto la mirada de esa escena.

Hay tanto que mirar que no me canso de ello. No sé cuánto tiempo llevaré sentada en lo alto de la montaña, pero vaya, el sol se empieza a poner

poco a poco detrás de la montaña que tengo en frente a lo lejos. En ese momento, decido ir hacia allí antes de que se ponga el sol.

Después de bajar y cruzar por el medio todo el cúmulo de animales y personas (algunos hasta me saludaban porque me quedaba embobada mirando según qué cosas), empiezo a subir la otra montaña.

Como es más o menos de la misma altura que la otra, tardo prácticamente lo mismo en subir, pero el sol ya se ha puesto y ya es de noche. Llego, y toda la fascinación, emoción y sorpresa que había tenido hasta el momento se me viene abajo en un segundo.

Para resumíroslo de alguna manera, al otro lado del valle ocurría totalmente lo contrario a lo que os acabo de describir. Guerra, destrucción, miedo, muerte.

La poca luz que ilumina lo que veo es porque hay “casas” de las de antes ardiendo. La luz cálida de las llamas me ilumina armas, personas y animales huyendo, escondiéndose, matando, muertos. Es tal el horror que me tapo la cara con las manos. Todo lo bonito y perfecto, aquí, se estaba destruyendo. Se me salta una lágrima.

—Claudia cariño, ¿qué te pasa? —mi profesora de matemáticas me seca la lágrima de mi mejilla—.

—¡Vamos chicos, fin de la excursión! Haced una fila de dos en dos que ya nos está esperando el autocar, va.

LA EVOLUCIÓN

ALENA PRIKHODKO

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA B: ESTUDIANTES DE MOVILIDAD DE LA FACULTAD DE LETRAS

EN SILENCIO (especialmente para las personas ocupadas con las preocupaciones cotidianas y que viven de acuerdo con las leyes de las grandes ciudades) la corteza de la tierra se agrietó y un pequeño gusano miró hacia afuera, se apartó de la tierra y se lanzó hacia la espesa hierba. Por un tiempo se perdió de vista, luego, trepando una hoja de hierba alta, miró a su alrededor: ¡era un mundo maravilloso! La luz del sol, como un niño travieso, riendo con el susurro de las hojas, jugaba con sus sombras, ¡parecía que todo alrededor se movía y bailaba! La fragancia de todo tipo de flores y frutas venía de todos lados: el aire era ácido y húmedo, y en algún lugar cerca del agua había un soplo, un manantial que alimentaba todas las cosas con la humedad necesaria. Los sonidos que llenaban el espacio crearon una música increíble: el agua y las hojas crujían al fondo, el canto de los pájaros estaba solo allí, los chirridos de los saltamontes y los picos de los pájaros carpinteros añadían ritmo, y algunas veces el sonido de una pesada fruta madura caía al suelo. Lleno de vida, armonía, fragancia y libertad, el espacio impresionó su imaginación y fue verdaderamente un espectáculo mágico para el pequeño gusano que emergió de una grieta oscura. La naturaleza se regocijó en medio de su triunfo y el gusano, conteniendo el aliento, absorbió sus dones, sintiéndose parte de él: una agradable ola de unidad, paz, equilibrio y felicidad envolvió todo su ser. Nunca había visto ni sentido nada más hermoso que esto, y en esta danza de la vida quería quedarse más que cualquier otra cosa. Fortificado con gotas de rocío, encontrado en una hoja cercana, el gusano fue en busca de un nuevo hogar en este hermoso mundo. Bajando, se perdió de nuevo la vista: el viento acarició suavemente

la hierba y, a la par de la música general, sacudió las cabezas de las flores, el agua rodó sobre las piedras y, con una inimaginable constancia, corrió a lo largo del cauce, las ramas de los árboles completamente cubiertas de fruta madura vertida, obedientemente caídas, listas para dar sus frutos a los dignos de ellos, el sol rodó en el lado opuesto del horizonte e inundó todo el fragante jardín con una luz de neón rosa púrpura y sus rayas iluminaron el espacio donde recientemente había estado nuestro pequeño viajero. En la espesa hierba salpicada de los jugosos frutos del árbol de mandarina, mirando a nuestro alrededor y sacudiéndose, apareció nuestro héroe. Pero ya no era un gusano.

Durante unos segundos, todos los sonidos se calmaron, el viento suave se detuvo, todo el jardín se quedó en silencio y se encontró con la bella desconocida en sus brazos, que apareció de la nada. Había algo profundamente familiar en su rostro, como si ya se hubiera encontrado en algún lugar o estuviera muy cerca. Algo nuevo nació en el espacio: una incertidumbre emocionante y aterradora, pero tan agradable y que se sumerge suavemente en el olvido y la felicidad. Era evidente que el invitado estaba emocionado, el latido fuerte y frecuente de su corazón se distinguía especialmente en esos pocos segundos de silencio. Estaba fascinado mirando a su alrededor, entrecerrando los ojos ante la luz brillante que iluminaba directa y francamente su hermoso cuerpo. Sintió una emoción creciente y una renovación completa de todo su ser, como si se hubiera conectado consigo mismo después de un largo viaje hacia esto, ahora él es el que nacía, el que debería haber sido siempre, sí, él quiere quedarse aquí, esta es su casa, donde puede confiar plenamente y relajarse. La vida comenzó a jugar en él tan vívidamente y la inspiración con cada vez más olas lo empapó desde adentro. También sintió que no estaba solo aquí, su sensibilidad y percepción innata sugirieron que los ojos invisibles del alguien lo estaban observando de cerca: esto no dio lugar a ninguna alarma, por el contrario, la emoción placentera y placentera se intensificó. El jardín era tranquilo, muy tranquilo, los árboles se separaban de manera hospitalaria, el viento cálido indicaba la dirección casi sin peso e invitaba al viajero a familiarizarse con este jardín mágico. El sol poniente iluminó el espacio de manera

romántica, caminó lentamente, respirando los aromas dulces de las flores, escuchando el canto de los pájaros, los árboles le obsequiaron con sus frutos y un manantial cercano le dio agua fresca y limpia. Sintió la increíble fuerza de este lugar y, al mismo tiempo, su fragilidad, una vulnerabilidad apenas visible. Le sucedió un increíble milagro que, según entendió, se recordaría a sí mismo más de una vez en el futuro. Mientras tanto, el día lleno de acontecimientos dio sus derechos al resto de la noche: el sol brilló a través de la esquina púrpura-amarilla en el horizonte y desapareció, dejando un suave velo de oscuridad inminente. El jardín se estaba preparando para ir a dormir: las enredaderas torcían sus trenzas alrededor de los árboles, el follaje se calmaba, le decía al viento que el juego continuaría mañana, las flores recogían sus pétalos en pequeños y apretados codos, adormecidas, las aves se calmaban, se acomodaban en sus acogedores nidos, el agua suavemente murmuraba, arrullaba vida la canción alrededor. El viajero se tendió sobre la suave hierba bajo un olivo que se extendía y se durmió dulcemente. Soñó que había conocido a una chica tan hermosa como una flor fresca. Cantó para él una canción sobre un gusano que se convirtió en un príncipe, sobre su amor por él, sobre un jardín mágico que se convirtió en su hogar, donde vivían en armonía y felicidad, disfrutando cada día juntos.

Es un nuevo día. Los primeros rayos que atravesaban la hierba, como ágiles gusanos, comenzaron a jugar en el jardín, brillando y destellando con una luz preciosa. Aves tempranas comenzó a twitrear en todos los sentidos, celebrando un nuevo día, divertido para discutir sus sueños entre sí. Las flores volvieron a florecer, alzando la cabeza hacia la luz y extendiendo sus delicados aromas. No había nadie debajo del olivo. El jardín mágico estaba lleno de libertad, amor y triunfo, listo para lo nuevo y abierto a todo observador atento capaz de sentimientos profundos.

EL JARDÍN

TIAN XIA

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA B: ESTUDIANTES DE MOVILIDAD DE LA FACULTAD DE LETRAS

YO TENGO sueño otra vez esta noche.

Recientemente siempre tengo un mismo sueño por la tarde, en la noche. En el sueño, una niebla confunde los perfiles del paisaje que me son familiares. Me consuela mi esposa que tal vez estuviera cansado estos días y necesitara algún tiempo para descansar.

No le respondo nada. Recuerdo que en mi sueño hay un sitio pacífico y tranquilo, pero no recuerdo dónde está y si había ido.

Necesito un período de tiempo para encontrar algo en el fondo de mi corazón. Les digo a mi esposa y a mi jefe, pero en realidad, no sé qué voy a buscar.

En vez del billete de avión o de tren, compro el de autobús. Casi veinte años no tomé el autobús. La última vez que cogí el autobús fue cuando hui de la casa peleado con mis padres. Ellos han sido campesinos toda su vida. Tenían las opiniones tradicionales como los otros hombres rústicos que deseaban que trabajara temprano para ganar la vida. Pero tenía diferente idea y por eso, me fui.

Aquel autobús me llevaba al brillante futuro en ese momento. Salí de ese pueblo triste para siempre. Y mis padres murieron hace diez años. Pagué a un vecino cerca en el campo para preparar el funeral de muerte de ellos y no regresé. Mientras, no los había visto desde que me fui. En efecto, ha pasado mucho tiempo y no les odio, solo no sé cómo les trataría como antes.

—Señor, señor, ¿podría ceder el asiento a esta embarazada?

—Ah, perdón, no hago caso. Lo siento, por favor, cuidado.

—Muchas gracias, señor. ¿Adónde va?

—¿Adónde vas?

La embarazada sonrío y me dice tímidamente:

—Voy al Pueblo Changan para celebrar el cumpleaños de mi marido.

—Pero estás embarazada, ¿por qué no va a verte? Es un poco difícil para ti tomar el autobús.

—No puede. No tiene piernas.

Su voz es tan baja que casi no escucho nada claramente.

—Perdón. Me siento avergonzado —y después le digo que también voy al Pueblo Changan—.

—¿Qué va a hacer aquí?

—No lo sé, quiero buscar un lugar en mi sueño.

—Señor, soy el nativo del pueblo y vivo aquí desde niño. Cualquier sitio que quiere visitar, puedo ayudarle.

Es un joven de unos veinte años quien justo me preguntó si podría ceder el asiento.

—Gracias. Soy de allá también pero no regreso desde hace veinte años y no recuerdo ese sitio con claridad.

—De nada, señor. ¿Recuerda algún aspecto especial?

—Flores, una fuente y ... No recuerdo nada más.

—Parece que es un jardín pero en un pueblo rústico lo menos que falta es este tipo de paisaje.

Me callo. ¿Sería un jardín? No lo sé. Tal vez jugaba o tenía un feliz recuerdo de él.

—No se preocupe. Todavía quedan dos horas para el Pueblo y el autobús necesita parar en algunas paradas a lo largo de este camino. Va a pasar por diferentes aldeas y le pueden hacer recordar algo —aquel joven me consuela—.

Sigo pensando en las palabras del joven. ¿Sería un jardín? Pero me he olvidado de un jardín donde a lo mejor jugaba con mis amigos. En la niñez, solía correr y saltar dando vueltas por el pueblo después de la escuela hasta que los padres nos llamaran a cenar. Dicen que los jóvenes no saben degustar. Es verdad. Aunque la vida en aquel entonces era muy pobre, vivíamos juntos con mi familia y mis amigos. Y eso es lo más precioso. Ahora tengo

un buen oficio, una comprensiva mujer, un gran piso y un sueldo considerable, no obstante, parece que me falta algo.

—Señor, señor, se ha parado en la primera parada. ¿Podría bajar para respirar un momento?

—Vale, gracias. ¿Dónde estamos?

—Es una aldea que el gobierno quería que se desarrollara recientemente. Se han destruido muchos vestigios de historia para construir algunas industrias que soportaría la mayor parte industrial nacional. Hubo una gran muralla aquí hace quince años porque fue la fortaleza en la historia.

No puedo ver su apariencia original completamente. Solo tiene chimeneas y ruidos maquinales.

—¡Levantaos!

Pasa un momento, le pregunto:

—¿Ha cambiado mucho nuestro pueblo también?

—No, no, no le hacen caso. Tal vez está muy lejos. Nadie viene allá. Por eso, en los últimos años se quedan solo los viejos en el pueblo. Los hombres necesitan dinero y mejor vida.

Respiro un poco cuando sé que no ha cambiado mucho, pero de repente pienso que es un poco injusto para los otros como este joven y le digo:

—No os desalenteis mucho. Hay muchas oportunidades tanto en la ciudad como en el campo.

Aquel hombre pone una risa sarcástica.

Me callo. Una vez me callo, recuerdo sus palabras. ¿Sería un jardín?

—¿Qué hace en la ciudad? —la embarazada rompe este silencio—.

—Soy un planificador de la ciudad. —Contesto con voz muy baja—. Le ayudo al gobierno local para diseñar toda la ciudad bien.

—¿Bien? ¿De acuerdo?

—Han transcurrido muchos años desde que salí de la aldea —no le contesto directamente—.

—Habrás olvidado tu pueblo natal.

Me doy cuenta de que cambié el trato. Creería que soy un hombre malo.

—¿Qué haces en la ciudad?

—Construir jardines paradisíacos para vosotros ricos. Parques de atracciones, centros comerciales, chales...

—No son jardines del Edén.

—¿No? Si no, ¿por qué necesitáis explotar a muchos trabajadores? ¿Por qué perseguís los bienes, coches, edificios y mujeres ciegamente?

—No, no soy ese tipo...

—¡Atención! Está en la parada Qingshui. Los pasajeros que quieren bajar podrían prepararse con las maletas. Gracias.

Al abrir la puerta, bajo con ansias.

—¿Está bien? Me da una botella de agua fría. —No quiero ofenderle. Perdón.

—De nada. De nada. Gracias.

—Esta aldea se deja explotar también.

—¿Te parece bien o mal la explotación de los pueblos?

—No tenemos la opción o la opinión. Que dice el gobierno, que hacemos.

—¿Te gusta la ciudad?

—¿A quién no le gusta? El dinero, el poder, la mejor vida. La ciudad tiene todo, incluso lo increíble. No obstante, no soy yo. Soy como un pavo sumergido entre las ondas de la ciudad. Estoy confuso siempre.

—Entonces, ¿por qué describes la ciudad como Jardín del Edén? Creo que es una manzana de la discordia. Tiene superficie brillante para seducir a la gente, pero en realidad, nada práctico.

—¿Y usted? Una persona que tiene una alta posición, pero me dice que no le gusta la vida urbana.

—Por eso estoy buscando algo. Pienso haber perdido algo en el corazón. Todo el mundo está en una situación contradictoria.

—Sí. Cuando la gente no tiene dinero, quiere ir al centro de la ciudad; cuando tiene lo que desea, quiere volver al campo para descansar un poco. Lo que desdén ahora es lo que desea mucho.

—El hombre es un tipo de ser insaciable ciertamente. ¿Por qué regresas al pueblo en este momento? No es ninguna fiesta.

—Mi padre está enfermo gravemente pero nunca me lo ha dicho. Ayer, el médico descalzo en el pueblo me llamó desde su clínica pequeña que no podría seguir curando a mi padre porque su situación era más y más negativa. Pero ¡no me ha dicho nada! Cada semana le llamaba y cada vez me decía que estaba muy bien y que no necesitaba preocuparle por nada. Empiezan a escaparse lágrimas de sus ojos y temblar un poco.

—Necesita ir al hospital regular.

—Es muy tarde. Apenas le perdería. Mi madre murió cuando yo nací y fue él quien me crio hasta que yo trabajara. Hablaba muy poco, pero hacía mucho porque me hacía que no le preocupara mucho. No le hago pasar una mejor vida.

—Mis padres murieron todos.

No sé cómo consolarle. Este joven va a controlar su tristeza gradualmente.

—Lo siento. No lo sé. ¿Murieron enfermos también?

—No tienen culpa. No, son muertes naturales. Tal vez les haría morir de enfadado.

Volvemos al autobús y sigue avanzando.

—Desde que salí de ellos, nunca hablé con ellos hasta que murieron, no, hasta ahora. Murieron con pena y sigo viviendo con pena también. Los vecinos me anunciaron sus muertes y les pagué el dinero para enterrarlos.

—¿No regresó tampoco cuando murieron?

—De verdad. Alguna vez creo que apenas olvido su aspecto —exhalo un largo suspiro—.

—¿Regresa esta vez para ver sus tumbas?

—No lo sé. Tal vez quiero encontrar un recuerdo—la felicidad de mi niñez.

—Durante estos años en la ciudad ¿siempre piensa en las cosas de antes?

—No, no es muy frecuente. Antes me ocupaba en ganar el pan para la vida, pero en los últimos años solo deseo tranquilidad. El hombre suele ser contradictorio.

—Vamos al pueblo enseguida y...

—¡Ah!

El autobús para de repente y los pasajeros corren hacia adelante sin controlar.

—¿Qué pasa?

—Parece que la lluvia de anoche ha causado un flujo de lodo y el camino se ha cortado.

El conductor saca la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué?, Pero ¿por qué no he visto la noticia en la televisión esta mañana?

—Tal vez la comunicación de medios también se ha cortado y no recibo noticia alguna urgente cuando salimos de la estación central.

—¿Entonces qué podemos hacer ahora? ¿Tienes señal de móvil?

—No, no la tengo. Solo esperar.

El conductor me responde como si ocurriera algo muy común y normal.

—¿Cuánto tiempo?

Él solo alza los hombros.

—Esperar.

Esperar, una palabra tabú para los ciudadanos. ¿Desde qué hora no espero nunca en la vida? Solo rápido, rápido y rápido, y rara vez puedo parar mis pasos. ¿Qué buscaría?

Solo un jardín de abrigo para mi corazón ocupado en la noche, un jardín donde podría gozar de mí mismo y descansar mi alma.

—Señor, veo que hoy no iría al campo y podemos buscar el sitio mañana.

—Vale, muchas gracias joven.

No obstante, solo yo sé que no necesito buscar ningún lugar. He encontrado mi Jardín del Edén en mi corazón.

LAS FLORES DE MI JARDÍN

ETNA MIRÓ ESCOBAR

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1º Y 2º DE BACHILLERATO

TÚ NO sabes cuán grande es mi jardín, ni cuántas flores hay en él. No, no lo sabes, ¡cómo vas a saber lo maravilloso que es mi jardín! No lo intentes imaginar siquiera: se te escurriría como agua de las manos. No; pequeño, demasiado pequeño es el que te piensas... Mayor, es mucho mayor. Como un palacio de cristal al que las nubes, cual botones en el cielo, abrochan su vestido.

Almendro: despertar

Apenas gateaba y los almendros, en un febrero ya jaspeado de marzo, me regalaban sus flores blancas y rosas, mordidas todavía por la timidez. Luego, tenía tantas ganas de correr y apenas sabía andar sin tropezarme... Y resplandecían las flores de almendro como farolillos que guiaran mi camino. Empezaba así mi andar por el jardín, sin dejar aún de vista la seguridad del porche, donde mi padre leía y mi madre me lanzaba besos. Y yo seguía el caminito de los almendros, que se erguían altos, tan altos como broches de bienvenida a una existencia nueva, tan poco usada...

Y los almendros florecían acompañándome. Y mi madre continuaba sosteniéndome la mirada risueña, y mi sonrisa, a la que aún le faltaba algún diente, era un haz de luz.

Margarita: niñez

Pasados los almendros, hay, en mi jardín, unas margaritas que brotaron como si nada, sin que nadie las plantara. Simplemente, un día, abrí los ojos y allí estaban: sus pétalos de delicado aliento primaveral, su tacto de pulposa miel, su cuerpecito de mimbre, condenado a torcerse, invitaban a la vida, a la imaginación...

Esa parte del jardín es mi favorita. Me transporto a ella, hoy, mucho después de haberla perdido. Y evoco el roce efímero de las corolas de las margaritas que relucían... Y vuelvo a entonar aquella vieja canción que les cantaba mientras con mis dedos, aún impregnados de tanta niñez, iba hilvanando coronas con las que me proclamaba emperatriz. Todos los bichitos eran mis súbditos. Y yo su reina, pero una reina niña, que todavía gustaba de jugar con el aire y dar volteretas.

A veces, les preguntaba a las margaritas cómo sería mi vida. Si estaría llena de caramelos y poemas... Si añoraría aquellos días de venturosa niñez que tan rápido se desvanecían...

Las margaritas nunca me respondían. Y siguen sin hacerlo. Sonríen —calladitas cual si guardaran un secreto que solo los demás pueden escuchar—, acompañando con su yacer mustio el morir del día, mientras su silencio nimba mi alma.

Hortensia: soledad

Sigo por mi jardín. Y encuentro hortensias, puñados de hortensias, a lado y lado, una robándole el sol a la otra, insondables bajo su azul alfombrado.

Y, entonces, me hiere un frío que me ensarta como la certera saeta de una ballesta. Me zambulle entre las hortensias y me pone en las pupilas lágrimas que no reconozco, y, en mi seno, palabras de desánimo.

Y me pregunto: ¿por qué estoy tan sola, rodeada de estas hortensias, bellas, egoístas, desagradables columnas de desvalijados templos? Les niego mi cuerpo: lo escondo, en realidad, de mí misma, porque me avergüenza verlo. Se nubla mi jardín y hallo en la triunfante umbría, fugitivo refugio para mi faz estropeada, para mis rodillas excoriadas, para mi cuerpo rechazado.

Y, en ese infinito instante, echo de menos las amorosas margaritas que me otorgaban la soberanía de los habitantes de mi jardín. Y, en ese inabarcable momento, solo veo desfilar gruesos y antipáticos escarabajos que se burlan de mí.

Hace ya tiempo que perdí de vista el porche de mis padres. Ya no hay nadie.

Y cae la noche. Habitada por ruidos insoportables, poblada de hortensias-soldado que me apuntan con sus lanzas. Quisiera llorar para ahogarlas con mis lágrimas; quizás así me querrían...

No puedo, empero, y, privada de ánimo, las hortensias, hostiles, me rodean y me siento abandonada a su amenazador hálito. Es extraño: las flores siempre habían dado pie a alegres canciones; nunca a desgarradores gritos de angustia.

Tulipán: amor honesto

Se ha vuelto a hacer de día y de los surcos de mis lágrimas, que araron mis mejillas, han brotado dos tulipanes enormes, vivacísimos. Los arrullo; huelen a miel; su tacto es de concha marina; su melodía, canicular.

Hay una valentía descarada y pura en su atrevimiento: ¡nacer de mis ojos! ¡Qué otra flor hubiera osado! Y, no obstante, aquí están ambos: dos lunas de cristal, bruñidas de honradez.

Paseando más allá, hallé un lago, a cuya contemplación me entrego, desde la orilla, jugueteando con su melancólica agua agradecida de ser cortejada.

Acaso me he enamorado.

Sonrío.

Me baño y mi cuerpo ya no me parece tan horrendo. Las cicatrices, las marcas y las asimetrías me placen. Las repaso con mis yemas. Si, al cabo, a quien amo le gustan, ¿por qué no a mí también? Si soy suficientemente válida para ser amada, ¿por qué no, simplemente, dejar de pensar que no lo merezco?

Y sueño, ilusionada, con felices reencuentros y la aventura de un futuro a dos.

Una llama de convicción, azul a fuer de pura, me prende.

¿Quién puede creer que amar, amar como yo amo, amar como se debe amar, puede ser pecado?

Magnolia: victoria

Dejo atrás los tulipanes y su sin par belleza —he guardado en el bolsillo uno de sus pétalos para endulzarme el paseo— y arribo a un angosto momento. Ambos límites de la senda, hasta ahora la mirada puesta en el

horizonte, se han acercado, casi se tocan. Y hacen complicado proseguir la andadura.

Los pasos me conducen a las magnolias. Se están abriendo y hadas doradas vestidas de organdí sobrevuelan sus blancos irradiantes y las cubren con su luz etérea. Me sonrío con despreocupación: se las ve ufanas. ¿De qué? ¿Por qué?

De mí. Por mí.

Me rodeo de ellas y las acaricio: primero, una, después otra, y otra —y otra, y otra, e incluso otra...— devienen bandera de mi altanería. Soy la que era: la emperatriz de este pequeño mundo. Pero lo soy, ahora, por mérito propio, porque me lo he ganado, porque he conquistado cada pequeño recoveco de mi jardín ignoto. He ganado.

Y la victoria sabe a tropezones de estrellas.

Las magnolias corean mi danza de gloria. Todos los sueños que antes eran tan solo vaho e ilusión se transforman en realidades. Miro al cielo, sé que estoy justo donde debería estar. Y me acuerdo de las tristezas que encerré en mi corazón creyendo que, algún día, trocarían en gozo. Hoy es el momento. Y, embriagada por su aroma y su soberbia, por la divinidad que me ha sido proclamada, vencedora de todo y todos, muerdo sus pétalos.

Sí, quizás el éxito sea solo fugaz, delicado como las alas de las mariposas —si las rozas, desaparecen...—, pero, de momento, me acompaña; lo tengo, aquí, conmigo. Con las magnolias. Entregándome el premio a la existencia.

Y las magnolias saben a champán rosado.

Dalia: gratitud

Mi paseo continúa por lares desconocidos. Mi jardín es vasto, largo como la cola de un dragón —¿quién podría conformarse con un jardín pequeño, sin flores!—, plagado de sensaciones, su aire agrietado por las luchas de los aromas por hacerse con la corona.

Encuentro dalias. El camino se ha hecho casi impracticable. Además, cada vez me cuesta más andar y experimento una fatiga vehemente que se cuestra mis pies y me sopla el pecho con un cálido vientecillo de rendición y derrota vagamente familiar. Quiero dejar de caminar.

A la postre, ¿por qué debiera seguir haciéndolo?

Es en este punto de descorazonamiento cuando la voz de las dalias emerge de la tierra para inspirarme un gentil poema a cuyo decir me abandono. Cuenta con un solo verso y una sola palabra: «Gracias».

Gracias a las moléculas por juntarse y al universo por darme mi jardín, mi inmenso e increíble jardín, donde toda mi vida ha sido un aliento pasajero, mas, a la vez, el más profundo de los alientos. Gracias a la lluvia y a los rayos del Sol por mis exquisitas flores, gracias a las abejas por cuidarlas. Gracias a las nubes por haberme acompañado y gracias a las estrellas por haber hecho de luciérnagas cuando la Luna se rendía. Gracias a las dalias blancas y moradas; amarillas y rojas que, con su singular belleza, evocadora de lejanas y entrañables tierras, han rehecho mi quebrantado ánimo.

Y solo hay sitio en mi interior para esta palabra («Gracias»), que se repite como un eco de algo mucho más hondo, como un rumor de verdad, como una ola de certeza: estoy tan agradecida, albergo tanta gratitud por mi jardín y por todo lo que me ha dado; por estas flores que me han regalado su respirar...

Les cuchicheo este secreto de almendra a las dalias. Ellas lo recogen y lo acunan. Me lo sabrán guardar, envuelto en la elegante belleza de sus pétalos estrellados, aunque el camino del jardín me lleve lejos...

Violeta: luto

Mis pies se convierten en hojalata y un dolor me atenaza el corazón. Amar tanto pasa factura; sentirlo todo tanto, desgasta. Es como si cada flor hubiera sido una aguja y yo le hubiese dado a cada una de ellas permiso para perforar mi alma. Esta misma alma que ahora ya jadea y gime, pero que, al alimón, sigue queriendo mientras divisa los confines de mi jardín. Y que su alivio se vele por una profunda amargura apenas me sorprende. ¿Acaso no querías esto?, le pregunto. ¿Acaso no querías descansar? Hace mutis y el ocaso se precipita, el jardín se termina: estoy ante sus lindes, es hora de irme para siempre.

Pero es tan bonito... Ojalá pudiéramos, ruegan mis adentros, volver atrás y encontrarnos con aquella niña que hacía coronas de margaritas o mordía magnolias, o se guardaba tulipanes en el bolsillo de los pantalones.

Ojalá no tuviera todo que acabar de verdad, sino tan solo un poco, como una especie de pausa, como un sosegado atender... Ojalá pudiera después volver como si nada.

Las violetas se yerguen ante mí y me preparan un lecho a su vera. Me estiro en él. Y ellas tararean besos mientras me arropan con su cárdena y serena oscuridad.

Ya no me siento exhausta.

Espero. No cabe en este inacabable instante más que la espera.

Mi jardín, mi precioso jardín, bordado de flores que todo lo iluminan; mi jardín de seda, donde todo lo viví... Me despido de él. Si las violetas me dejaran volver, no regresaría a ningún otro lugar que no fuera mi jardín.

TÚ, SIEMPRE PERENNE

PILAR RUIZ FERRERUELA

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1º Y 2º DE BACHILLERATO

LA INMENSIDAD del silencio se va rompiendo con mis pisadas, implacables. La tierra me mancha las zapatillas, pero no me importa. Mis brazos, inertes a los costados, se entretienen en un mutuo intercambio de caricias con la hierba. Yo continuo, tratando de recordar cuánto tiempo hace desde que estuve en este lugar por última vez. Por desgracia, es más del que me gustaría.

Los pájaros me dan la bienvenida a medida que avanzo por el bosque. Algunos alzan el vuelo, dotándome de una privacidad que ya no necesito. Se me hace extraño sentir la espalda tan ligera, descargada, aunque no añoro mis largos cabellos o los quebraderos de cabeza que solían perseguirme. Desprenderme de ellos fue difícil y muy satisfactorio, como saborear una gota de lluvia después de llevar demasiado tiempo alzando la lengua hacia el cielo.

Lentamente mis ojos recorren el lugar donde me encuentro. Me parece tan mágico, el hecho de que, a pesar de que haya estado aquí miles de veces, el paisaje nunca sea el mismo... Aprecio nuevas plantas, otras están más altas y frondosas, felices ante la llegada de la primavera. El suelo, libre de pisadas, está lleno de florecillas de colores, que se alternan de una forma demasiado sinérgica para ser aleatoria.

La luz incide sobre una roca que destaca sobre las demás por su tamaño, que prácticamente duplica el mío. Está cubierta por musgo, y cuando mis dedos lo palpan, el contacto es tan familiar, que me estremezco. Miro hacia arriba, temeraria y cegada por el fulgor, admirando el silencio, lejos del rui-

do de la ciudad y de su toxicidad. Inspiro con lentitud, hinchando el tórax, llenándome los pulmones de un aire fresco y renovador.

Abro mi bandolera de tafilete, y enseguida hallo la jeringa que me regaló mi padre cuando era una niña. La llevo siempre conmigo, porque la madera rubicunda con la que está tallada me recuerda a los amaneceres de mi pueblo. Y a él, que conserva las manos gráciles y astilladas a pesar del tiempo. La recorro a ciegas, y poco a poco mis labios esbozan esa sonrisa que soy incapaz de hacer cuando estoy triste.

Saco la mano del tahalí y me subo a la roca, arañándome la piel en el proceso. No me preocupa, porque ya no necesito la tez para ocultar heridas de mi interior. Saco la flauta de pan, ansiosa, y frunzo los labios para empezar a tocar. Soplo con suavidad, dejándome embaucar por el sonido dulce y meloso que desprende el instrumento. Las notas van y vienen, y les permito brotar a su antojo, dejándome fluir. Los ojos se me entelan ante la armonía que presencio, inefable, y si las lágrimas me quieren recorrer la piel, no se lo impido.

Empiezo a perder la noción del tiempo. Los minutos surcan entre las hojas de los árboles, se enredan con sus tallos y sus raíces, alejándose sin mirar atrás. Soy levemente consciente de ello, pero no me preocupa en absoluto. Me siento hija del bosque y zahorí de los rincones más insólitos, y este es, sin duda, uno de ellos.

Me desvanezco con el aire. Cierro los ojos, guiada por un instinto demasiado puro para ser descrito. Es ínfimo, pero se esparce con velocidad y me llena de ligereza, permitiéndome surcar junto a las aves más ágiles.

No soy consciente de cuando mis dedos dejan de tocar. No paro porque esté cansada o dolorida, como es habitual, simplemente siento que debo hacerlo. La música se va atenuando hasta desaparecer, fundiéndose en el silencio.

Noto cómo el sol me acaricia las mejillas, instándome a levantarme, dándome vida. Trato de despegar los párpados, que me protegen los iris de la luz, y la mente de la vida terrenal, pero se niegan a obedecer, rebeldes.

Aun así, cuando le oigo, una leve risa se me escapa de entre los labios y me veo obligada a abrir los ojos. Un gorrión está piando a los pies del risco

donde estoy sentada, emitiendo un sonido muy leve, que afortunadamente el silencio me ayuda a apreciar.

Me limito a observarlo, abrazándome las rodillas. Se me hace extraño verlo solo, aunque por el oscuro tono de su plumaje, descarto que se trate de una cría, así que no me preocupo. Cuando sus diminutas pupilas me enfocan, ladea la cabeza, como si me preguntara qué hago ahí sentada. La sonrisa se me ensancha, consciente de la curiosidad que le provoco.

Cojo la siringa, que en algún momento he abandonado encima de la roca, y la guardo de nuevo en mi bandolera. No quiero que se astille, está prácticamente igual que el día que me la regaló mi padre.

Al bajar la vista de nuevo hacia mi nuevo amigo, veo que ha avanzado unos pasitos, pero sigue parado, como si me estuviera esperando. Desciendo del risco con calma, abandonando mi vieja costumbre de brincar temerariamente. No quiero asustarle y que alce el vuelo, aprovechando sus alas. Las mías son etéreas, pero siempre me cobijan.

El gorrión no se inmuta, y prosigue su marcha, dando pequeños saltos. Voy abandonando la idea de que todo sea una mera invención mía, y empiezo a pensar que realmente me quiere mostrar algún lugar. Quién sabe, quizás entre zahorís de rincones insólitos, nos reconocemos.

El pájaro rodea toda la roca, y va surcando varios cipreses, adentrándose en el bosque. Veo que se detiene cerca hacia un olmo que conozco muy bien. Es el más alto y corpulento de la zona. Está rodeado por otras plantas, que se enredan por su tronco hacia la bóveda celeste. Tiene las raíces tan gruesas, que ha levantado los ramilletes de flores de se encuentran a su alrededor.

—¿Por qué me has traído hasta aquí?

La pregunta me sale de lo más profundo de mi ser, sin pasar por el filtro de la razón. ¿En serio le acabas de hacer una pregunta a un gorrión? Sacudo la cabeza, riéndome de lo ridículo de la situación. El ave despliega sus alas y se marcha, dejándome sola de nuevo.

Mis pies me desplazan hasta el olmo, y lo rozo con los dedos, terriblemente despacio. Qué más da el porqué, ahora ya estoy aquí. Me siento inevitablemente atraída por él. Apoyo la cabeza sobre él, como si a través

de su corteza, pudiera nutrirme de su savia. Lo rodeo con los brazos, fundiéndome en un abrazo de extremidades invisibles.

Me separo con cuidado, dando un par de pasos hacia atrás. Ya no rebusco entre esas enredaderas, destruyéndolas, miedosa de que, al tapar las palabras que ocultaban, se pudiera olvidar lo que decían. A quién nombraban. Ahora he comprendido que se han fundido con las plantas, con el olmo, y que han recobrado la vida, aunque yo no las pueda ver.

Mi madre se ha vuelto sempiterna, perenne, infinita, y el bosque es ahora su nuevo hogar.

EL JARDÍN DE MI ABUELO

MARÍA ALSINA VILLA

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3º Y 4º DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA
OBLIGATORIA

BIENVENIDOS A mi jardín, mejor dicho, a mi mundo. Sí, sí, un mundo para mí, mi jardín es mi forma de ver las cosas de otra manera, de detenerme un segundo y sentir como el tiempo a mi alrededor pasa lentamente. Es mi manera de sentir como la prisa se convierte en pausa y la pausa se vuelve prisa después. Mi jardín está lleno de colores vivos y enérgicos combinados con otros tristes y apagados componiendo una sinfonía de colores muy bonita de visualizar. Se respira un aire fresco, con aroma a naturaleza, que te va acariciando la cara con gestos lentos y suaves. La brisa toca la música y las flores bailan a su son, la naturaleza es la magia sin ningún truco.

Las margaritas vestidas de blanco parecen bailarinas de ballet delicadas y pulidas, que me llevan a mi infancia, en el momento en el que me sentía libre y lista para comerme el mundo. Junto a las margaritas descansan las violetas, qué bonitas y qué perfectas son. Recuerdo cuando mi abuelo separaba la flor de su tallo y con delicadeza me la ponía en el pelo y me miraba detenidamente como si de una princesa se tratara, nunca nadie me ha vuelto a mirar así. También duermen los tulipanes, son tímidos, solo nos muestran su exterior y si no les hacemos daño, nunca podemos apreciar su interior. Mi abuelo me decía que mi interior, ni que no lo pudiese ver, era el más bonito del mundo, creo que se equivocaba porque el más bonito del mundo era el suyo.

Los claveles son tan bonitos, hay distintos, de muchos colores, su aroma es espléndido. El abuelo comentaba que podíamos saber cómo se sentían los claveles, que al igual que las personas tenían emociones. Los rosas esta-

ban enamorados, los rojos un poco enfadados, los amarillos estaban felices, los azules tristes... y así, sucesivamente, iba imaginando el momento en que esas flores hablaran. En este momento he descubierto que mi imaginación se ha convertido en una realidad y ahora puedo escucharlas. Como el abuelo siempre me contaba que hay cosas insignificantes a las que también tenemos que dar importancia, nunca supe a qué se refería y ahora lo entiendo. Mi abuelo daba el mismo valor a las malas hierbas que a las otras flores, yo no entendía por qué nunca las arrancaba. Las malas hierbas de su jardín tenían flores, flores no tan maravillosas como las otras, pero seguían siendo flores. Mi abuelo me dijo que si en lo malo no vemos nada bueno es porque no nos fijamos lo suficiente. Esa frase aún la recuerdo, pero hay cosas malas en las que por mucho que te fijes nunca aparecerá un brote de bondad.

En su jardín no todo eran flores y plantas, mi abuelo también tenía un columpio. Quedaba estupendamente como complemento, no quitaba protagonismo a las flores, pero a su manera llamaba la atención. Ese columpio lo construyó él y lo ató al árbol en el cual estoy apoyada ahora mismo escribiendo esto. Ese columpio me trae recuerdos muy buenos, como las noches de verano que pasábamos mi abuelo y yo, él me columpiaba y de tan fuerte que le daba al columpio tocaba de cabeza con las hojas del árbol de atrás. Cuando me bajaba siempre llevaba alguna que otra hoja en el pelo. De mi abuelo también recuerdo cuando por la noche nos tumbábamos en la hierba y mirábamos las estrellas, ahora también me tumbo a verlas con mi abuela, esperando que alguna de esas estrellas sea él. Mi abuelo también me hablaba sobre los árboles, decía que tenía que ser como ellos, fuerte y robusta, pero yo no quería porque estaba segura que debajo de su corteza eran débiles.

La belleza del jardín era tan inmensa y aguardaba tantos recuerdos, no todos buenos, pero hasta los malos eran buenos de recordar. Y es que en ese jardín había miles de historias, miles de recuerdos. Las paredes de ese jardín me habían visto crecer y ahora que tengo quince años intento ver lo mismo que vieron ellas, pero en mi cabeza.

Mi estación favorita era el otoño, me encantaba ver las hojas secas tiradas por el suelo, hacía montones y me tiraba encima hasta que un día me hice daño de verdad. Me clavé una de las puntas del rastrillo en la pierna. Empecé a llorar y vinieron mis abuelos a ayudarme, me llevaron al hospital y tuvieron que operarme. Estuve dos semanas en el hospital, sin ver el jardín y casi sin ver al abuelo. Ya no soportaba más el aburrimiento así que empecé a dibujar, ya que no podía ver el jardín de una manera tendría que verlo de otra. Y allí fue cuando el dibujo me abrió otra puerta, encontré en ese arte otra manera de ver las cosas. Dibujé las margaritas, las amapolas, los tulipanes... también dibujé al abuelo. Llené la habitación de flores, colores y, a mi manera, monté mi propio jardín. Me di cuenta de que un jardín no tenía por qué ser una cosa física, también podía transportarme a él mirando mis dibujos, evidentemente no era lo mismo, pero me bastaba.

Entonces me vinieron a ver los abuelos, me trajeron un ramo de flores, no uno cualquiera, ese ramo estaba compuesto por quince flores del jardín que tan de menos echaba. Como estuve dos semanas cada día dibujaba una flor del ramo al detalle, con sus curvas sus degradados de colores, su tallo, si tenía imperfecciones también las dibujaba ya que sin ellas la flor no era perfecta. Esos dibujos aún los conservo, después de todo me traen un recuerdo feliz. Podemos sentir cosas sin tocarlas ni tenerlas delante. Eso fue lo que aprendí durante esos días grises, y ahora en lugar de dibujar flores, dibujo a mi abuelo.

Días más tarde el abuelo cayó enfermo y parecía que el jardín hubiese caído con él. Las flores estaban mustias, caídas, parecía que su color se había apagado y a la vez habían apagado todo el jardín. Ahora se veía abandonado, desamparado y ya nadie lo cuidaba. Mis padres no me dejaban ver mucho al abuelo, eso me ponía triste, le había hecho varios dibujos del jardín para que los pegara en las paredes de su habitación y pudiera tenerlo presente. Me enfadé mucho con mis padres, no podía soportar la idea de no ver al abuelo así que me pasé dos semanas encerrada en la habitación, solo salía para comer e ir al baño y poco más. Un día mamá llamó a la puerta y me dijo: “El abuelo se ha ido”, me quedé un minuto pensando, y mientras pensaba no pude evitar llorar. Mi abuelo se había ido, ya no lo

volvería a ver más. Entonces mamá me contó que el abuelo había estado escribiendo una carta para mí durante esos días tan complicados y la carta así decía:

Princesa, mi princesa, no quiero que te preocupes por mí, sé que si ahora estás leyendo esto es porque me he marchado. No sufras, ahora estoy en un buen sitio, estoy en el cielo, te estoy viendo desde aquí, eres tan bonita y tan fuerte. No llores por mí. Princesa, eres la alegría de la casa y de mis días, eres lo mejor que he tenido en este mundo y el mejor recuerdo que me llevo. Ahora solo te pido una cosa, cuida del jardín por mí, mantén el color y la luz de las flores, haz que se vea más bonito que nunca y conviérteme en el abuelo más feliz del mundo.

Te quiero,
El abuelo

Esa carta aún la conservo y la he leído millones de veces, todas con las lágrimas en los ojos y con el corazón compungido. Mi abuelo lo era todo y ahora ese todo no era nada, pero aún me quedaba el jardín. Cada tarde iba allí a llorar, parecía que las flores me escuchaban y los árboles me entendían, tenía la sensación de que podía volver a estar con mi abuelo.

Ahora he plantado rosas que, me recuerdan a él, son frescas y están llenas de vida. Cada tarde le llevo flores del jardín y ya le he montado el suyo, es precioso. Mi abuelo era la flor de mi jardín y ahora que con lágrimas lo recuerdo, cuido de su jardín ya que no pude cuidar de él.

EVOLUCIÓN

GEMMA SANZ RIPOLLÉS

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3º Y 4º DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA
OBLIGATORIA

JUSTO EN ese momento que intuyes que algo en tu vida no va bien, no te preocupes, probablemente ya no puede ir a peor.

Nunca había oído hablar de los bonsáis, hasta que me dieron la baja por depresión. Sí, lo has oído bien, he vivido con depresión y no me avergüenzo de ello.

Jamás me habían gustado las malas noticias, les tenía realmente miedo. Algunas, trataba de esquivarlas, pero esa tenía que afrontarla sí o sí, aunque fuese con temor. La depresión no es un tema fácil de tratar ni de superar, pero de momento que estoy escribiendo sobre ello, quiere decir que todo el mundo puede. Y es que la vida depende siempre de todo, circunstancias, personas, desengaños, incluso preocupaciones y eso te hace a menudo más fuerte, oyendo la palabra fuerte, recordé que el monje Ren, la última vez que lo vi me dijo: “Cae siete veces, levántate ocho”.

El mismo día que firmé el papel conforme no podía trabajar más durante un período ciertamente indefinido, no tenía ganas de nada más solo que de desaparecer por completo. Me había convertido en muy poco tiempo en una frustración para los demás, supongo que por eso mis compañeros de trabajo me maltrataban día a día. Pero no era cuestión de lo físico ya que aparentemente era como los demás, era todo mental y psicológico.

No fue fácil admitir que no era apto para hacer muchas de las cosas que hacías, y tampoco fue fácil dejar de pensar cada día al levantarte el porque te ha pasado a ti. Pero, párate y piensa, me dije, ¿realmente quieres vivir así? La respuesta era obvia, y pensé pedir ayuda. Pero no estaba tan solo como pensaba. Miles de japoneses caían en depresión por sus trabajos y esto me alejaba de mis malos pensamientos.

Busqué miles de terapias, pero solo una me convenció. No se trataba de ningún psicólogo, o por lo menos eso había oído. Consistía en un grupo de personas que desgraciadamente estaban en las mismas circunstancias que

yo, y que juntos conseguían superar su subconsciente. Me puse en contacto con esa asociación, un sexto sentido me decía que todo iba a salir bien.

Me pareció muy adecuado a lo que yo quería, o más bien a lo que necesitaba. En principio quedé con él, pero algo no me encajaba, y es que toda gente común hubiera quedado en un lugar cotidiano, pero él propuso quedar en un parque que era una reserva natural.

Me informé e intuí que era un lugar sagrado, donde vivían los pocos monjes japoneses que quedaban. Me pareció extraño que tuviese que ir, pero cualquier cosa para recuperar mi persona.

Al cabo de unos días, había llegado la hora, al llegar al sitio, me encontré un montón de gente trabajando, con guantes puestos y los utensilios de jardinería. Al principio no sabía que estaban haciendo, pero luego me di cuenta que cuidaban bonsáis.

Era un lugar al aire libre, con buenas vibraciones y abarrotado de gente como yo. Era un campo muy muy grande, su verde intenso daba mucha paz.

Enseguida alguien me tocó la espalda por detrás. Me asusté, pero igualmente me giré. El chico con el que había hablado por teléfono, resultaba ser uno de los monjes. Tenía los ojos muy oscuros, de forma almendrada, se le veía una piel muy fina pero arrugada. Casi no se le veía el cuello y aparentaba ser muy bajito.

Llevaba un gorro y una túnica muy larga de color negro. Se llamaba Ren. Eso significaba flor de loto. Se lo puso él al convertirse en monje budista, y su significado era el ciclo de su flor y esa es la razón por la que se lo puso.

Hablando y hablando, noté que me transmitía un algo especial. Me explicó que sus compañeros, incluido él, ayudaban a la gente a través de la esencia del jardín. Plantas, árboles, pero sobretodo árboles en miniatura, conocidos como los Bonsái.

Según unos estudios, me dijo Ren, los bonsáis son eficaces para la gente que necesitan ayuda especial, esos seres vivos ayudan a obtener un punto de concentración y responsabilidad ya que hay que cuidarlos y “mimarlos” día tras día.

Empecé con la terapia esta de los árboles al cabo de unas semanas, Ren me convenció para que lo hiciese. Primero lo encontré una estupidez que un ser que no hablaba pudiera mejorar mi estado de ánimo. Pero, un tiempo después poco a poco fui cambiando mi opinión. Gracias a los monjes que fui conociendo, sus historias que sucedieron por todo el mundo y el ánimo de mis nuevos compañeros, me hicieron mejorar como persona.

Mi bonsái había que recuperarlo, me lo dieron para mí en un muy mal estado, no tenía hojas, ni siquiera raíces (después averigüé que, para ver su evolución, te lo dan con tu mismo estado de ánimo). Empecé por podarlo un poco, sus ramas estaban mal cortadas, cosa que impedía su crecimiento. Luego lo regué. A menudo me iba involucrando más y más en mi supuesto “nuevo trabajo” lleno de responsabilidades. Sentía la necesidad de cuidar de él, incluso le hablaba, le explicaba mis problemas y hasta algunos días me dio respuesta a la mañana siguiente, teniendo mucho mejor aspecto y aparentando estar más bien cuidado que el día anterior.

Pasé año y medio con Ren, sus charlas eran muy metafóricas, siempre me comparaba con una planta y eso me hacía sonreír. Cada vez más rápido me inserté a la sociedad que dejé cuando no podía trabajar, pero, aun así, iba con mis compañeros a la reserva natural.

Un día llegué allí y Ren se encontraba muy mal, su cara pálida le delató cuando le pregunté si estaba bien y me contestó con un sí rotundo. Él ya estaba en su tercera edad, aunque con sus funciones al mundo budista, no lo parecía. Ese mismo día solo estábamos él y yo. Nos pusimos a hablar de lo mucho que había cambiado desde mi decisión de seguir mi camino con ellos. Me propuso que me leyera el proverbio japonés, que lo interpretara y que con esto ya no necesitaría más su ayuda. A media conversación, cayó al suelo sin más. Grité, lloré. Ya no existía la vida en su cuerpo. Pero realmente, lo que más daño me hizo fue que dejó de hablarme diciendo: llega a la perfección para estar a gusto contigo mismo.

La pena se apoderó de mí, levantarme por las mañanas ya no tenía sentido, pero recortando las hojas del bonsái me acordé de él, de sus palabras, sus... Sin Ren, nada volvería a ser como antes.

Un día soñé con él, estábamos en la reserva, yo leía el proverbio japonés y él me escuchaba. No podía creer que todo lo que estaba leyendo, interpretado a mi manera y a mis sentimientos fuera exactamente lo que me había pasado. Con mucha atención y concentración en voz alta decía:

“Cae siete veces, levántate ocho.”

“Hasta el viaje más largo comienza con un solo paso.”

“Si te sientas en el camino, ponte de frente a lo que aún has de andar y de espaldas a lo andado.”

“Hay una puerta por la que puede entrar la buena y la mala fortuna, usted tiene la llave.”

Al despertarme volví a llorar por él, nadie había significado tanto para mí. Aparte de una gran pérdida, también me hizo sentir lo que realmente mi cuerpo quería sentir. Con el proverbio, me convertí en monje en su honor, porque lo que él hizo por mí, nunca lo ha hecho, ni lo hará nadie.

COMENTARIOS DEL JURADO

IV Concurso de Relatos Cortos (2019)

Acta de resolución del *IV Concurso de Relatos Cortos*. Lleida, 2 de mayo de 2019

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE GRADO DE LA FACULTAD DE LETRAS

Primer premio:

Relato *Última noche en Granada*, autor: **Igor Sierra González**, estudiante de tercer curso del Grado en Filología Hispánica.

El texto destaca por estar muy bien escrito. El buen manejo de la palabra, en particular del adjetivo, pone delante de los ojos del lector a los dos protagonistas de la historia, un joven lector y visitador de un jardín particular y peculiar, depositario de una extraña y casi única “flor de color azul”, y un felino, un gato “gran observador” de los movimientos del humano y “gran conocedor” de la naturaleza humana. Además de por lo mencionado, el relato destaca por el tratamiento del tema del concurso, el jardín, que el autor relaciona de forma sutil con el poeta Federico García Lorca, su lugar de nacimiento, Granada, y los jardines de la Alhambra dejando entrever, al final de la fábula, la experiencia urbana y humana que supondrá su visita a la ciudad de Nueva York definidas en el relato como ciudad de “corazón de piedra” y “alma de cement”.

Segundo Premio:

Relato titulado *La imaginación*, autora: **Paula Carrillo Gómez**, estudiante de tercer curso del Grado en Comunicación y Periodismo Audiovisual

La autora nos ofrece una historia creativa en la que el *Jardín de las Delicias* de El Bosco, la contemplación del cuadro, genera la anécdota. A partir de este punto el relato combina a la perfección dos disciplinas artísticas como son la literatura y la pintura, disciplinas que vienen relacionadas desde la antigüedad clásica en el lema “**ut pictura poesis**”. El relato de la ganadora también destaca por el tratamiento del diálogo, un tratamiento que consigue dar agilidad y verosimilitud a la historia.

CATEGORÍA B: ESTUDIANTES DE MOVILIDAD DE LA FACULTAD DE LETRAS

Primer Premio:

Relato *La evolución*, autora: **Alena Prikhodko**, estudiante del Diploma Intermedio de Estudios Hispánicos (grupo A).

La evolución es un relato original ya que su protagonista es un gusano, un ser vivo cuyo ámbito es la naturaleza pero que la descubre cuando por primera vez, tras su nacimiento, consigue salir a la luz y contemplarla en toda su plenitud. Teniendo en cuenta, como en el caso anterior, que este relato ha sido escrito por una estudiante del Diploma intermedio de estudios hispánicos (grupo A) el jurado ha valorado muy muy positivamente la corrección idiomática y el estilo descriptivo y fluido del relato.

Segundo Premio:

Relato *El jardín*, autora: **Tian Xia**, estudiante del Diploma Intermedio de Estudios Hispánicos.

En este relato la autora rescata el motivo literario del sueño para construir un jardín en su imaginación. Cabe mencionar el correcto manejo del diálogo en español, mérito mayor si se tiene en cuenta que se trata de una estudiante extranjera.

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1º Y 2º DE BACHILLERATO

Primer Premio:

Relato *Las flores de mi jardín*, autora: **Etna Miró i Escobar**, estudiante de segundo de bachillerato del Colegio Episcopal de Lleida.

En este caso el jurado ha valorado lo bien escrito que se presenta el relato, así como la estructura del mismo. El relato nos presenta un recorrido por las plantas de un inmenso jardín y lo que evocan cada una de ellas: el almendro, el despertar a la vida; la margarita, la niñez; la hortensia, la soledad; el tulipán, el amor honesto; la magnolia, la victoria; la dalia, la gratitud y la violeta, el luto. Es un relato de una gran sensibilidad a través del cual la autora rememora todo un mundo de emociones y de sensaciones propias.

Segundo Premio:

Relato *Tú, siempre perenne*, autora: **Pilar Roig Ferreruela**, estudiante de segundo de bachillerato, del Colegio Maristas Montserrat de Lleida.

En este relato el jurado ha valorado muy positivamente la fluidez de la redacción. En esta ocasión la protagonista de la historia aparece en un bosque-jardín en el que metafóricamente se reencuentra con el espíritu de su madre alojado, en un primer momento en un olmo, pero, en realidad, dicho espíritu se encuentra en todas las plantas de un espacio natural exquisitamente descrito.

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3º Y 4º DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA OBLIGATORIA

Primer Premio:

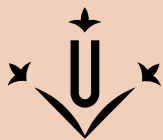
Relato *El jardín de mi abuelo*, autora: **María Alsina Villa**, estudiante del Instituto Els Planells (Artesa de Segre).

En este relato el jurado ha valorado muy positivamente la corrección idiomática y el estilo. Se trata de un relato muy bien escrito en el que su autora, a través de la protagonista, que se encuentra convaleciente en la habitación de un hospital, evoca en su mente un lugar agradable, un “locus amoenus”, que echa tremendamente de menos: el jardín de su abuelo.

Segundo Premio:

Relato *Evolución*, autora: **Gemma Sanz Ripollés**, estudiante de cuarto de ESO del colegio La Salle de Mollerussa.

Nos encontramos con un relato en el que destaca la sensibilidad de su autora al comparar el delicado y exquisito cuidado que exigen los bonsáis con el tratamiento que deberíamos otorgar a nuestra propia vida a la que comparara con uno de esos pequeños pero sólidos arbolitos.



Universitat de Lleida
Departament de Filologia
Clàssica, Francesa i Hispànica